

del aprecio de unos huéspedes que no nos conocían, ni supieron de nosotros otra cosa mas, que habíamos llamado á las puertas de su casa en busca de la paz del corazón. Algunos religiosos nos visitaban diariamente; pero sin ser nunca inoportunos ni embarazarnos de nuestra dedicación á otros objetos.

Ningún religioso, al hacernos sus visitas, dejaba de llevarnos un pequeño obsequio de aquello que creía podría sernos útil ó necesario, nos preguntaban, con empeño, si carecíamos de alguna cosa ó si deseábamos otras, y se esforzaban por prevenir á nuestros deseos.

Los mismos que nos visitaban, se ofrecieron á enseñarnos lo que hubiera de más notable en la casa: la vasta extensión de esta, sus hermosas capillas interiores, su biblioteca con un gran número de volúmenes, sus bellísimas pinturas, su galería de retratos de religiosos del mismo Colegio, célebres según el espíritu del Evangelio, su huerta provista de gran variedad de legumbres y frutas; todo lo conocimos y visitamos repetidas veces conducidos por los padres, que sin hacer misterio de cosa alguna, contestaban con comedimiento á las preguntas que les hacíamos sobre los diversos objetos que se nos presentaban á la vista.

En tantas veces como los religiosos nos favorecieron con sus visitas, nunca nos fastidiamos con una conversación adusta, ó en que tuvieran pretensiones de lucir como hombres espirituales y entregados á una vida puramente ascética; parecía ántes bien, que estudiaban nuestro carácter para atemperarse á él en sus conversaciones, conforme á las reglas de una exquisita urbanidad. Tuvimos el gusto de tratar con varios eclesiásticos profundamente versados en la Teología, en el Derecho canónico, en la Historia Sagrada y profana en la bella literatura romana y española, y en muchos otros ramos del saber humano. En el tiempo á que nos referimos, el Colegio estaba suscrito á los periódicos nacionales más notables de la época: así es que, allí se estaba al tanto de los acontecimientos importantes contemporáneos. Y sin embargo, ese cau-

dal de ciencia profana y sagrada, en contacto con los conocimientos del siglo, ni producían hinchazón en aquellos sabios modestos, que llenos de luz y de doctrina, podían ser comparados á unos niños por su sencillez, ni desdecía en lo más mínimo de la gravedad de un instituto, cuya exclusiva misión es la de santificar á sus miembros, para que estos santifiquen al mundo. Esos religiosos se impregnan, por decirlo así, de todo el saber humano, y aun de las actualidades del siglo, por que en su apostolado necesitan combatir el orgullo de la ciencia humana, é imprimir un sello divino sobre el instable carácter de ese mismo siglo.

Se tiene la idea de que los frailes, generalmente son bruscos, sin educación alguna, y groseros en todos sus portos. Nosotros en el Colegio de Guadalupe, tratamos con religiosos que, lejos de tener estos defectos repugnantes, al contrario, les encontramos muy al alcance de la educación del día, y de esos estudios delicados y maneras expresivas, que les pone en aptitud para tratar con la sociedad más culta, sin descender por ello de la gravedad caballerosa que es indispensable en todo el que viste el austero hábito monástico.

COMUNION

Dijimos que habíamos ido al claustro en busca de la paz del corazón. No nos equivocamos al dirigirnos á un asilo donde se respira un ambiente todo de paz. En él todo lo que se presenta á la vista, así como lo que afecta al espíritu y al corazón, parece que tiene el poder de conjurar esas turbulencias que

petidas mil veces, nos parecían reproducirse todos los días á impulsos de una inspiración nueva.

Pintura.

Cumplido nuestro primer propósito en el Colegio de Guadalupe, tuvimos libertad para dedicarnos á conocer algunas de las bellezas que enriquecen á aquellos claustros. Vimos pinturas de mucho mérito y de pinceles de primer orden: estas son calificadas allí con criterio, estimadas con gusto y conservadas con esmero. Hace pocos años que por alguna de ellas ofreció un extranjero, amante de las bellas artes una fuerte suma, que fué desechada modestamente por los pobres mendicantes, prueba del buen gusto y desinterés que reinó entre aquellos religiosos.

Conocimos los retratos de algunos religiosos venerables por sus virtudes; de otros que se pueden llamar beneméritos de la patria, porque ensancharon sus límites llevando la luz del Evangelio, y con ella la civilización y el imperio de la ley más allá de los desiertos donde nunca pudo penetrar la espada del conquistador. Religiosos ilustres que fueron á fecundizar con su sangre el helado territorio de Texas; y que opusieron un muro inexpugnable á las irrupciones de los salvajes, que cuando faltaron los misioneros han podido traer al corazón de la República, la desolación y el exterminio! ¡Apóstoles oscuros, según el mundo; pero cuyo nombre aparece radiante en las páginas de la Religión y de la humanidad!

Al ver nosotros en los claustros de Guadalupe los retratos de esos varones ilustres, que revelan la

humildad del espíritu y la maceración de la carne; al leer sus pequeñas biografías, escritas al pié de los mismos cuadros, reducidas á decir el nombre del apóstol, la duración y el lugar de su misión; y su muerte ya consumido por los trabajos de la campaña evangélica, ya sacrificado por el furor del idólatra bárbaro, no pudimos menos de confundirnos al encontrar en nuestros días en todo su ardimiento ese espíritu apostólico que recuerda las historias de los primeros días del cristianismo, y bendeciamos esos dichosos monasterios, conservadores perpetuos de una fé viviente y de una caridad sin límites. He aquí, decíamos, los verdaderos conquistadores del mundo; porque solo ellos conquistan triunfando del orgullo y la ceguedad de la inteligencia, y avasallando el corazón.

En vano algún curioso se esforzará por oír en Guadalupe historias maravillosas; biografías como las de los grandes del siglo; rasgos sorprendentes y de incomprensible carácter. No, allí se leerán y se escucharán las relaciones modestas de los trabajos apostólicos del misionero de Californias; del martirio horrible del misionero de Texas; los apuntamientos históricos y científicos que el apóstol de la fé ha podido escribir en los márgenes de las páginas de su breviario bajo las encinas del desierto. Los religiosos de Guadalupe, dignos hijos del Venerable Padre Margil, no aspiran á otra cosa que á andar y desandar millares de leguas, propagando la fé que llevan en su corazón, que cultivan en su inteligencia y que sellan con su sangre.

En el proceso seguido para la beatificación del Venerable Padre Margil, figura como hecho muy sorprendente el increíble número de leguas que anduvo á pié en toda su vida en ejercicio de su ministerio de *propaganda fide*. Sus hijos, los religiosos de Guadalupe han seguido el ejemplo de aquel varón apostólico, y han sido otros tantos heroes del cristianismo y de la civilización evangélica.

VIDA DEL CLAUSTRO.

A las doce de la noche van al coro todos los religiosos; luego tienen media hora de oración mental y á eso de las dos de la mañana vuelven á sus celdas. Muy temprano, se dirijen al coro para recitar la hora menor llamada *prima*. Se rezan entonces las misas y en los juéves y sábados, misas cantadas, y en los días festivos misas después de *tercia* á las ocho de la mañana, según el rito de la Iglesia. Conforme celebran los sacerdotes toman su desayuno. El espacio que queda hasta las diez, era dedicado al estudio y al confesonario. De diez á once se decían las horas canónicas *tercia, sexta y nona*. A las once se pasaba al refectorio, en donde jamás se omitía la lectura edificante que hacían por turno los coristas. En las mesas no se conocía el uso de los manteles sino en días muy clásicos. En ciertos días señalados, dadas las gracias después de la comida, se practicaba el acto humilde de lavar los platos. Acabado este acto, iba la comunidad á la Iglesia y rezaba la estación en cruz delante del Santísimo Sacramento.

Volvían á sus celdas. A las dos de la tarde la campana los llamaba al coro en donde permanecían tres cuartos de hora rezando *visperas* y *completas*: los Jueves y Domingos, menos en el Adviento, y Cuaresma, terminando el oficio divino, se reunían en conferencias, las que versaban sobre Teología moral, y los Viernes, á cerca de la Regla que profesaban. De las tres á las cinco se dedicaban al estudio.

Luego se oía el tañido de la campana, que era un llamamiento, para tener una hora de oración mental de la cual se levantaban saliendo con dirección al refectorio para la colación ó cena, pasando después al templo, en donde se entonaba solemnemente el *Tota pulchra* y por devoción especial á la Purísima Concepción, se añadía los Domingos: **Para dar luz inmortal.** A continuación, y á tenor de las leyes de la Orden, tres días en la semana tenían disciplina; el noviciado la tenía las vísperas de Comunión de regla, por lo común miércoles y sábado. El tratamiento fué siempre de Vuesa Paternidad á los Prelados; Vuesa Reverencia á los Sacerdotes; y á los coristas, laicos novicios y donados el de Vuesa Caridad.

En esto daban las ocho de la noche, se oía tocar á silencio y retiro, y hechas las oraciones piadosas, descansaban hasta media noche.

Los jueves que no eran de Cuaresma ó de Adviento, eran días de asueto por las tardes. Como á las cuatro se dirijían á la huerta. A las seis y media eran llamados al coro; se rezaba la Letanía Lauretana y la estación; después bajaban al refectorio. En todos los actos á que asistía la comunidad, lo hacía en silencio. Esto escribía el Señor Lic.D. Remigio Tovar, quien más tarde cambió la pluma y la toga por la espada convirtiéndose en un veterano valiente que llegó á ser general en el ejército conservador.

XVII.

Las leyes monásticas.

Margil Legislador.

"Las reglas de las observancias religiosas no deben considerarse como invenciones humanas. San

suscitan las pasiones, de abrir los ojos á una luz nueva también. El solo espectáculo de las prácticas piadosas, á que sin cesar está dedicada la comunidad, el aspecto venerable de tantos hombres, en cuyos semblantes está pintado el espíritu de vencimiento y de abnegación continua; la idea de penitencia y de expiación que se refleja de todos los objetos con que se tiene que estar en contacto, es bastante para impresionar profundamente aún al corazón más frívolo, y más hundido en las vaciedades del siglo.

El que habite por algunos dias en el Colegio de Guadalupe, no necesita oír predicación, ni dedicarse á la lectura de libros de piedad, para transformarse en otro hombre, y ocuparse seriamente de algo que tenga tendencias á lo sobrenatural: para esto le bastan solo los repetidos ejemplos que tiene á la vista, á todas horas y en todas líneas, y en todas partes. Presenciamos varias veces la comunión de la comunidad, en los dias en que debe recibirla por estatuto. Este es uno de los actos más graves y patéticos que hemos presenciado en nuestra vida. La comunidad espera en la sacristia la hora de la comunión, en medio de un silencio tan profundo, de compostura tan modesta, que solo se puede explicar en el hombre que se anonada absolutamente bajo el peso de la conciencia y de su pequeñez en presencia de un Dios infinitamente grande. De allí se van acercando los religiosos á la sagrada mesa, descalzándose previamente y postrándose por tres veces; sin que en este tiempo se oiga más que la fórmula de la administración del Sacramento terrible pronunciada por el sacerdote, y el chisporroteo de la cera que arde al rededor del Dios vivo. Si algún cuadro hemos presenciado en la vida con verdadero temor y temblor; si alguno nos ha causado impresiones inolvidables: sin que nunca nos haya sido dado describirlo exactamente es el de esa comunión en Guadalupe, que da tan poco que ver, como mucho que sentir, sin poder, sin embargo, decir algo sobre ella.

Aquellos hombres ángeles, hundidos por decirlo así desde la cabeza hasta los pies en la miseria de

su sayal, emblema de la miseria misma de la carne, con sus plantas desnudas y arrastrándose sobre sus pechos para acercarse al Verbo de Dios, nos parecieron tan grandes, tan sublimes, como puede serlo el hombre que, reuniendo la fè del apóstol, la esperanza del profeta y la caridad del mártir, arrastra consigo la conciencia del pecado, y da testimonio de la penitencia. Si alguno quisiera conocer la personificación del prodigio cristiano, prodigio monstruo en verdad, que resulta del recojimiento de la fè, la esperanza, la caridad y la expiación, le conduciríamos á presenciar la comunión de los religiosos de Guadalupe: allí vería desaparecer al hombre todo mediante una completa transformación divina; á manera de la víctima sagrada que desaparece del altar de los sacrificios devorada por las llamas que descienden del cielo para consumir el holocausto: allí vería levantarse al mortal hasta las alturas del cielo, como el profeta Elias que arrebatado por el torbellino de fuego, se perdió á los ojos de Eliseo, dejándole su manto en testimonio de la peregrinación que había consumado.

Tota Pulchra.

Otra de las prácticas muy interesantes para nosotros en aquella comunidad, fué el canto por la noche del Tota pulchra que entona en el cuerpo de la Iglesia, y que viene á cerrar las oraciones comunes del dia. Es un canto grave, bajo la nota de un sentimiento muy expresivo y sin más música que la misma letra que se entona; y no obstante esto siempre encontramos nueva aquella canturia; y sus armonías re-